»mo tirándome por detrás para que volviese á »mirarlas. No obstante, entorpecían y retar- »daban mi salida; pues no tenía valor para re- »chazarlas con energía y librarme de sus impor- »tunidades, saltando y atropellando por todo, »y además el hábito inveterado no cesaba de de- »cirme: ¿imaginas que has de poder vivir sin »estas cosas?

»Pero esto me lo decían ya desanimadas, »pues donde tenía más puesta mi atención, y ha- »cia donde me daba miedo mirar, descubría la »virtud de la continencia, serena, majestuo- »sa y alegre, excitándome con gravedad y com- »postura á que llegase á ella, y desechase las »dudas que me detenían; extendiéndome á la »vez sus castas manos llenas de buenos ejem- »plos, que se ostentan en innumerables personas »de diferentes edades, en multitud de jóvenes, »doncellas y otros de mayor edad, en venerables »viudas y en ancianos también vírgenes; pero »en todos ellos la continencia y castidad no era »estéril, antes bien fecunda y abundante en ale-

---

à momento isto non erimus tecumultra in æternum? Et à momento isto non tibi licebit hoc et illud in æternum! Et quæ suggerebant in eo quod dixi: hoc et illud! quæ suggerebant, Deus meus! Avertat ab anima servi tui misericordia tua! Quas sordes suggerebant! Quæ dedecora!» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XI.)

»grías y gozos espirituales, nacidos de Vos, »que sois su Esposo. Entonces la continencia, »como chanceándose y con sonrisa, me convi- »daba á seguirla, así, poco más ó menos: »¿Pues qué, no has de poder tú lo que han po- »dido y pueden todos éstos? ¿Por ventura lo que »éstos y éstas pueden, débenlo á sus propias »fuerzas, y no á las que de Dios recibieron junta- »mente con su gracia? Sí, su Dios y Señor les »dió la continencia; pues yo dádiva suya soy. ¿Y »entonces, para que te apoyas en tus propias »fuerzas, si no pueden sostenerte ni darte fir- »meza alguna? Arrójate confiado en los brazos »del Señor, y no temas, que no se apartará ni »permitirá que caigas; arrójate seguro, que El »te recibrá en sus brazos, y te sanará de tus »males (1).

»Yo me corría y avergonzaba mucho, oyen-

---

(1) «Et jam tepidissime hoc dicebat. Aperiebatur enim ab ea parte qua intenderam faciem et quo transire trepidabam, casta dignitas continentiæ, serena et non dissolutè hilaris, honestè blandiens ut venirem neque dubitarem, et extendens ad me suscipiendum et amplectendum pias manus plenas gregibus bonorum operum. Ibi tot pueri et puellæ; ibi juventus multa et omnis ætas, et graves viduæ, et virgenes anus; et omnibus ipsa continentia nequaquam sterilis, sed fecunda mater filiorum gaudiorum de marito te, Domine. Et irridebat me irrisione hortatoria, quasi diceret: Tu non poteris quod isti, quod istæ?» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XI.)

»do aún el murmullo de las fruslerías que me te»nían perplejo y sin acabar de resolverme; mas »la contienda pasó dentro de mi corazón que ba»tallaba contra sí mismo, aguardando Alipio en »silencio el resultado de tan extraña lucha.

»Luego que por una profunda meditación hu»be condensado, y visto la extensión de mis mi»serias, sentí que se levantaba en mi alma una »terrible tempestad con grandes nubes de lágri»mas. Para que descargasen totalmente, alejéme »de Alipio, pues necesitaba estar solo para llo»rar más á gusto; y me retiré bastante lejos y á »un lugar escondido, no queriendo ser molesta»do, ni siquiera por la presencia de amigo tan »querido. Alipio lo comprendió; pues, con un sus»piro preñado de lágrimas, había indicado cla»ramente el estado de mi espíritu. Sentéme en »tierra á la sombra de una higuera, y no pu»diendo contener el llanto, brotaron de mis ojos »dos ríos de lágrimas. Entonces, Dios mío, ha»blando con Vos, decía muchas cosas: no sé con »qué palabras, pero en cuanto al sentido y con»cepto eran como éstas: *Y Vos, Señor, ¿hasta »cuándo? ¿hasta cuándo habéis de mostraros »enojado? No os acordéis ya de mis maldades »antiguas.* Y pues comprendía que mis pecados »eran los que me ataban, por esto decía á gritos »y con lastimosos sollozos: *¿Hasta cuándo, has»ta cuándo ha de durar el que yo diga maña»na, mañana? ¿Pues por qué no ha de ser »desde luego y en este día? ¿Por qué no ha de »ser esta misma hora, la en que ponga fin á »todas mis torpezas* (1)?

»Cuando estaba diciendo esto y llorando con »amarguísimo dolor, he aquí que de la casa in»mediata oigo una voz como de niño ó niña, que »cantaba y repetía muchas veces: Toma y lee, »toma y lee (2).

»Inmutado y un tanto sorprendido, me puse

---

(1) «Ubi vero à fundo arcano alta consideratio contraxit et congessit totam miseriam meam in conspectum cordis mei, oborta est procella ingens, ferens ingentem imbrem lacrymarum. Et ut totum effunderem cum vocibus suis, surrexi ab Alipio. Solitudo mihi ad negotium flendi aptior suggerebatur... Ergo sub quadam fici arbore stravi me nesciendo quomodo, et dimisi habenas lacrymis; et proruperunt flumina oculorum meorum... Et non quidem his verbis, sed in hac sententia multa dixi tibi: Et tu Domine, usquequo? usquequo, Domine, irascaris in finem? Ne memor fueris iniquitatum mearum antiquarum. Sentiebam enim eis me teneri; jactabam voces miserabiles: Quandiu? quandiu? cras et cras! Quare non modo? quare non hac hora finis turpitudinis mæ?» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

(2) «Dicebam hæc, flebam amarissima contritione cordis mei: Et ecce audio vocem de vicina domo, cum cantu dicentis et crebro repetentis, quasi pueri aut puellæ nescio: Tolle, lege; tolle, lege.» (*Confes.*, lib. VIII. cap. XII.)

»á considerar atentamente, si los muchachos so-»lían cantar aquello ó cosa semejante en alguno »de sus juegos; pero no pude recordar haberlo »oído jamás. Reprimiendo entonces el ímpetu de »las lágrimas, me levanté seguidamente, y to-»mando aquella voz como una orden del cielo, »que me mandaba abrir el libro de las Epístolas »de San Pablo, corrí hacia el sitio donde estaba »sentado Alipio y había dejado el libro: tomé-le »en mis manos y le abrí, leyendo silencioso el »primer capítulo que hallé donde dice el Após-»tol: *No viváis en banquetes y embriague-»ces, ni en vicios y deshonestidades, ni en »contiendas y emulaciones; sino revestíos de »nuestro Señor Jesucristo, y no os cuidéis tam-»poco de satisfacer los apetitos de la carne.* »Ya no quise leer más, ni tampoco era menes-»ter, pues al concluir el párrafo, como si hubiera »recibido una luz clarísima, se disiparon todas »mis dudas (1).

»Cerré pues el libro, dejando entre las hojas »el dedo ó un registro para notar el pasaje, y con »semblante ya quieto y sereno, declaré á Alipio »lo que me acontecía. Éste me declaró lo que le »pasaba, á él que yo en verdad desconocía, y mos-

(1) «Statimque mutato vultu, intentissimus cogitare cœpi utrumnam solerent pueri in aliquo genere ludendi

»trándole lo que había leído, pues tal era su deseo, »siguió más adelante y encontró estas palabras en »que no me había fijado: *Asistid al débil en la »fe, recibidle con caridad.* Aplicóselas á sí, ani-»mándose con tal consideración, y más dispuesto »que yo á recibir la fe, sin duda por la pureza de »costumbres, se unió á mí, corriendo ambos en »busca de mi madre (1).»

Así se rendía Agustín después de diecisiete años de resistencia, así sucumbía á las lágrimas de Mónica. Pero ¡cosa extraña y digna de observación! El golpe que ponía fin á semejante lucha, la más patética de cuantas narra la historia de la Iglesia y la historia del corazón humano, no era un rayo de luz más vivo que los anteriores, sino una infusión de pureza y de

cantitare tale aliquid; nec occurrebat omnino audivisse me uspiam. Repressoque impetu lacrymarum, surrexi nihil aliud interpretans, nisi divinitus mihi juberi ut aperirem codicem... Aperui, et legi in silentio capitulum, quo primum conjecti sunt oculi mei: *Non in comessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitiis, non in contentione et æmulatione; sed induite Dominum Jesum Christum, et carnis providentiam ne feceritis in concupiscentiis.* Nec ultra volui legere; nec opus erat. Statim quippe cum fine hujusce sententiæ, quasi luce securitatis infusa cordi meo, omnes dubitationis tenebræ diffugerunt.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

(1) «Alipius mihi sine ulla turbulenta cunctatione conjunctus est. Indeque ad matrem ingredimur.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

inocencia que penetró hasta el fondo de su corazón. ¡Tan cierto es que la gran dificultad no está en hallar la verdad, sino en volver á la práctica de la virtud!

Gran milagro de la gracia pareció á la Iglesia esta conversión, única, fuera de la de San Pablo, que celebra solemnemente, fijando con delicada atención, para hacerlo, el día siguiente al en que se celebra la fiesta de nuestra Santa, el 5 de Mayo. En esta solemnidad los últimos cantos del Oficio de Santa Mónica se mezclan con los primeros himnos de la conversión de San Agustín; y una misma fiesta reune y honra las lágrimas de la madre que ha rescatado al hijo, y las lágrimas del hijo que han consolado á la madre.

El primer pensamiento de Agustín después de convertido, fué ir en busca de Santa Mónica; y, efectivamente, sin dilación arrójase en sus brazos, la baña con sus lágrimas, y madre é hijo permanecen estrechamente unidos por un mudo y apretado abrazo, lenguaje sobremanera expresivo, y cuando la emoción no permite hablar (1).

Agustín quedó extasiado, pero lleno de nueva y clara luz, conoció cuánto valían las lágrimas de

(1) «Ad matrem ingredimur, indicamus, gaudet; narramus quemadmodum gestum sit; exultat et triumphat.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

su madre. Así es que, no pudiendo hablar, la estrechaba contra el corazón, y decía con su silencio lo que ha repetido en variados tonos hasta el fin de la vida: «Sí, Dios mío, si soy »vuestro hijo, debido es á que me disteis por »madre á una de vuestras humildes servido»ras (1).» «A mi madre, á sus oraciones y á »sus méritos debo todo lo que soy (2).» «Si pre»fiero la verdad, si no amo más que la verdad, »si estoy pronto á morir por ella, se lo debo »á mi madre; Dios no ha podido resistir á sus »ruegos (3);» y por último: «Si no he perecido »en el error y en el pecado, también lo debo á las »lágrimas de mi madre: sus constantes y fervo»rosos ruegos me han obtenido gracia tan sin»gular (4).» Esto escribe Agustín siempre y en todas sus obras, esto es lo que sentía entonces con tanta viveza; esto también lo que decía á su madre con las miradas, con los ósculos y final-

(1) «O Domine, ego servus tuus et filius ancillæ tuæ.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

(2) «Nostra mater cujus meriti credo esse omne quod vivo.» (*De Beat. Vit.*, in fine Præfat.)

(3) «Mater cujus precibus indubitanter credo atque confirmo mihi istam mentem Deum dedisse, ut inveniendæ veritati nihil omnino præponam, nihil aliud velim, nihil cogitem, nihil amem.» (*De Ordine*, lib. II, cap. XX.)

(4) *De Dono Perseverantiæ*, cap. XX, núm. 53.

mente con aquellos fuertes abrazos que les unían tan estrechamente.

Santa Mónica, por su parte, no podía contener el gozo que la inundaba; así que regando á Agustín con sus lágrimas, le contemplaba llena de satisfacción. Verle buen cristiano, honrado, unido por el matrimonio y en camino de salvarse..... ¡ah! sus oraciones se habían dirigido todas á este fin; y si Dios entonces le hubiese concedido tal gracia, habría muerto feliz. Pero á medida que la emoción dejaba á Agustín abrir sus labios, Mónica entrevía maravillas inesperadas; no le bastaba ya á su hijo ser cristiano, quería más; quería la castidad, la continencia, la soledad, huir del mundo, despreciarlo todo, y no ocuparse más que en amar á Dios con toda su alma. Mónica se estremecía á cada palabra, y ¿quién sabe si Dios en aquel momento le hizo presentir las grandes cosas que iban á suceder, y para consolarla de veinte años de angustias, le permitió vislumbrar sobre la frente de Agustín la borla del doctor y la aureola de la santidad (1)?

¡Oh momento afortunado aquel en que una

(1) «Benedicebat (mater mea) tibi qui potens es ultra quam petimus aut intelligimus facere, quia tanto ampliùs sibi à te concessum de me videbat, quam petere solebat miserabilibus flebilibusque gemitibus. Con-

madre encuentra al hijo, que había creído ya muerto! pero ¡oh momento, más feliz aún, el en que la madre cristiana ve renacer en el alma de su hijo la fe, la pureza, el valor y la virtud; y el en que, afligida por los dolores de la Iglesia, presiente que este hijo regenerado ha de ser la lumbrera, la gloria y el paladín de esa misma Iglesia.

Todavía se enseña en Milán, y se enseñará por muchos años, la habitación donde oraba Santa Mónica, y el jardín en que tuvieron lugar tan conmovedoras escenas: cuando el tiempo, que nada respeta, haya dispersado las últimas piedras, visitaráse aún el sitio con gran veneración. La hermosura del joven Agustín en quien brillaban á la vez raro talento y alma extremadamente tierna; sus faltas, y, en medio de ellas, sus profundas tristezas que le conquistan las simpatías de cualquiera, sea inocente ó culpable; su tenaz oposición á la gracia, sus quejas y resistencias, parecidas á las del águila herida que no quiere rendirse; ante semejante

vertisti enim me ad te, ut nec uxorem quærerem, nec aliquam spem sæculi hujus, stans in ea regula fidei in qua me ante tot annos ei revelaveras. Et convertisti luctum ejus in gaudium multo uberius quam voluerat, ut multo charius atque castius, quam de nepotibus carnis meæ requirebat.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

conducta, la paciencia de Dios suministrándole con delicada ternura tanta luz, que sin coartar su libertad, le levanta victorioso desde los abismos de la duda y la pasión hasta las más elevadas cimas de la verdad, de la pureza y del amor divino; y sobre lo dicho, para coronar dignamente obra tan portentosa, las lágrimas de esta madre nunca vista, que obliga á Dios á venir en socorro de su hijo; cosas son que los hombres no olvidarán jamás, y que les obligarán siempre á visitar enternecidos los lugares de tan grandes maravillas.

CAPITULO XIII

CASIACO.—SANTA MÓNICA VA CON SU HIJO Á UNA CASA DE CAMPO PARA PREPARARLE Á RECIBIR EL SANTO BAUTISMO.—MÓNICA ASISTE Á LAS CONFERENCIAS FILOSÓFICAS DE AGUSTÍN Y SUS AMIGOS.—LA MADRE DEL PLATÓN CRISTIANO

Septiembre del 386 á Enero del 387.

Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro siervo, é hijo de una sierva vuestra; y pues habéis roto mis prisiones, quiero tributaros un sacrificio de alabanza. Que mi corazón y mi lengua os alaben; que todos mis sentidos y potencias digan: Señor, ¿quién es semejante á Vos? que hablen, y Vos, Señor, responded y decid á mi alma: Yo soy tu Salva-